

## Capítulo III: Noche oscura

Ahíria se dedicó a cuidar de la taberna como normalmente hacía, pero, con una excepción: escuchaba cada conversación, cada murmullo, cada cuento en busca de pistas que les pudieran ayudar para llegar al castillo de Anchett. Pero lo único que conseguía oír, eran las conversaciones de mercaderes que decían qué bien iba la venta de verdura o lo duro que se hacía vender cristal. No había pistas.

Mientras, en el segundo piso del edificio, Neba intentaba rastrear las mentes de los soldados que, al terminar su jornada, solían visitar el establecimiento. Pero al parecer, habían conseguido un puesto en las murallas de la fortaleza y Neba sabía que esos guardias, a la larga, llegarían a todo el reino. Además, Ahíria se había convertido en la “discípula” del joven, éste le enseñaba trucos de defensa y ataque, y se sentía orgulloso de la chiquilla, ya que aprendía rápido.

—*Sidulme lainsi dulyo mien* — una estrella de nueve puntas fue rápidamente dibujada por Ahíria que, al abrir los ojos, la convirtió en un haz de luz. Acto seguido, su instructor, levantó la mano y con un movimiento rápido dirigió un golpe hacia su cabeza, pero curiosamente, no acertó, o sí... Sonrió.

—*Bien* — la felicitó.

*La joven se derrumbó en la cama, estaba fatigada.*

—*Has avanzado mucho* — se sentó a su lado y, poniéndose serio, se explicó — *Mañana creo que me podré ir.*

Ahíria asintió y salió en silencio hacia su cuarto. Neba hizo lo propio. Se metió en la cama y, sin distraerse con el libro se brujería, se esforzó en conciliar el sueño lo antes posible.

Era de día y Ahíria intentaba conseguir provisiones para Neba, ya que, esa misma noche, partiría hacia Anchett, pero, entre tarea y tarea, descubrió una información poco usual.

—*¡Neba!* — dijo nada más subir — *He oído que, cerca de Anchett, han empezado a profanar tumbas.*

*Neba la miró con una mirada gélida que hizo que se estremeciera de terror.*

—*Tiene muchos planes hechos, y, ya que el rey no está, puede cumplirlos con gusto, pero se arrepentirá* — terminó.

—*Solamente quería avisarte de eso. ¡Adiós!* — y tras saludarlo, desapareció por las escaleras.

No hubo más datos de importancia durante todo el día y, los dos jóvenes, se dedicaron a sus tareas: Neba recogía sus objetos, y Ahíria intentaba conseguir información y objetos que éste le pedía.

La noche los protegía con un manto de penumbra. A Ahíria y a Neba no les costó escabullirse entre los centinelas que había por toda la ciudad ya que, muchos de ellos, empezaban sus jornadas hacia el mediodía. Cuando las cosas se podían complicar, usaban sencillos hechizos de camuflaje, que les hacían pasar inadvertidos por delante de los vigías.

El tramo más difícil llegó cuando un escuadrón y un brujo que, de vez en cuando, solían ayudar en las rondas, se cruzaron en su camino, pero con un pequeño rodeo, y gracias a un conjuro de Neba, consiguieron esquivar al mago sin que su aura mágica fuese detectada.

Se detuvieron cerca del muro, y empezaron a concentrarse, ya que, para conseguir hacer un túnel en aquel muro, se necesitaba mucha concentración. Dibujaron dos esferas, una cada uno, y las llenaron de unos símbolos, semejantes a pequeñas marcas rectas que daban vueltas alrededor de las esferas de tono verde pálido. Murmuraron un encantamiento en palabras que sólo los muertos pueden conocer y abrieron un agujero de unos dos metros de diámetro. Neba miró a Ahíria con una expresión nunca vista en sus ojos por ella, una expresión de tristeza, se podría decir.

– Puede que no nos volvamos a ver, pero estate segura de que no te olvidaré, ni olvidaré todo lo que me has ayudado – empezó a buscar algo en su bolsa y, al fin, sacó el libro que tanto solía leer – Mira.

Ayó una mano en el libro que reposaba en una roca, y la otra, encima de la mano de la muchacha. Acto seguido, una espesa niebla apareció, pero la joven sintió algo pesado sobre su palma, algo duro, y descubrió, asombrada, que ente sus manos se hallaba un grueso libro de hojas de color marfil y tapas de cuero y cantos dorados y plateados con preciosos motivos que no dejaban apartar la vista de él. Ahíria lo abrió y descubrió, alucinada, que era la copia del libro que su maestro solía leer y estudiar.

– Gracias – consiguió decir con un hilo de voz que reflejaba los más profundos sentimientos de su corazón.

– Creo que tú no te mereces uno tan viejo como el mío – le contestó Neba sonriendo con ternura.

– Me da igual si es viejo o nuevo, lo que me importa es lo que contiene: magia, la magia que tú me enseñaste – siguió mientras las lágrimas corrían por sus mejillas.

*—Me alegro. Si nos volvemos a ver, me enseñarás todo lo que has aprendido — le hizo prometer.*

*El joven, que no parecía el mismo que Ahiria había visto el primer día, se dio media vuelta y se dirigió, con paso firme y decidido, hacia el desierto, pero ella lo vio como una sombra que caminaba entre frías losas de mármol con la mirada fija en el horizonte, y entonces lo oyó, el wringwen: el canto de las almas de las jóvenes, pero esa vez oyó el sonido de una melodía diferente, una melodía que le hizo sonreír. Se secó las lágrimas, aferró su libro con ambas manos, como si fuese el último recuerdo de Neba, y se encaminó a su casa.*

*Al llegar, se dio cuenta de que no había dejado de llorar en todo el trayecto, ¿por tristeza? ¿por alegría? Apoyó el libro en sus rodillas e, intentando sin éxito dejar de llorar, se dispuso a abrir el libro, pero una gota ya había mojado una de las tapas. Asombrosamente, ésta se borró sin dejar rastro alguno. Ahiria casi pegó un brinco al descubrir que todo estaba a oscuras, pero algo brillaba y alumbraba, un dragón negro apareció en la portada del libro de magia, un dragón, que a pesar de su color, desprendía luz, lo mismo que el deseo que latía en el fondo de su corazón, de volver a ver a ese muchacho. Y entonces supo de quién se trataba.*